

LA IGLESIA NACIENTE,

UNICO MODELO DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

1. Tema coliniano

Muchos textos lo prueban: la iglesia naciente es para J. C. Colin el modelo, más aún, el único modelo de la Sociedad de María. Al oírlo podemos imaginar que se debe a que en la iglesia naciente vio el ejemplo y el símbolo de la misión. Cosa que resulta más fácil de suponer si se contempla la iglesia naciente en la imagen de Pentecostés: los primeros discípulos, llenos del Espíritu Santo, salen a llevar el Evangelio de Jesús por todos los confines del universo; por lo tanto, modelo para nosotros.

Sin embargo, cuando miramos con atención la iglesia naciente en los Hechos de los Apóstoles, comenzamos a ver que no se presta de una manera tan clara a ser símbolo de misión. Y cuando leemos con cuidado la dirección en que habla Colin de la iglesia naciente, nos damos cuenta de que no está presentándola como un símbolo de misión.

¿Qué es, pues, lo que quiere decir cuando afirma que es el único modelo de la Sociedad? Veámoslo

Tomemos [Habla un Fundador] **HF 42,3** (1842): El P. Colin estaba hablando a los Padres y defendía el estilo de predicación del P. Etienne Séon, que era criticado por algunos como excesivamente simple y tosco. Eso le lleva a hacer algunos comentarios de carácter más general: *“Los apóstoles no agradaban a los ricos, a los poderosos; se dirigían a la gente humilde como ellos. Más tarde Dios suscitó al gran San Pablo que, lleno de magnanimidad y sin temer a nadie, predicaba a todos. Claro que se decía que no era hombre de letras, que no hablaba bien; qué importa; él no se preocupaba de lo que de él se decía”*.

Y continúa diciendo: *“Nosotros no tomamos por modelo a ninguna Sociedad; no tenemos más modelo que el de la Iglesia Primitiva. La Sociedad comenzó lo mismo que la Iglesia; tenemos, pues, que ser como los apóstoles y como los que, en buen número, se unieron a ellos: cor unum et anima una. Se amaban como hermanos. Nadie sabe, además, la devoción que los apóstoles tenían por la Santísima Virgen. Qué delicadezas no tendrían para esa divina Madre; cómo recurrirían a Ella. Imitémosles. Veamos en todo a Dios”*.

Obsérvese que la referencia a la iglesia de los comienzos cambia a lo largo de la charla: de “los apóstoles”, el P. Colin pasa a “San Pablo” para llegar al fin a la iglesia de Jerusalén. Es una de las caras de la Iglesia naciente, único modelo de la Sociedad; pero veremos que hoy otras.

Nuestro Fundador habla de dos o tres aspectos de esa iglesia primitiva que los maristas han de imitar. El primero es el amor fraterno que se profesan entre sí los apóstoles y sus compañeros; amor caracterizado por la cita en latín de Hechos 4,12, que acude a labios de Colin constantemente como un refrán: COR UNUM ET ANIMA UNA.

El segundo aspecto de la Iglesia naciente que los maristas han de imitar probablemente viene más de María de Ágreda que del libro de los Hechos: la devoción de los apóstoles a María.

Y en tercer lugar, ver a Dios en todo. Es el único punto en que se dice expresamente “*imitémosles*”, pero no es una característica especial de la Iglesia naciente. Recuerda bastante a San Ignacio en la “Contemplación para alcanzar el amor”.

Al acabar el retiro de septiembre de 1846, el P. Colin vuelve sobre el mismo tema. **HF 115,5**: “*Queridos hermanos, continuemos siempre unidos por los lazos de la caridad entrañable; que no formemos verdaderamente más que un solo corazón y una sola alma. La Sociedad de María debe reproducir los primeros tiempos de la Iglesia*” Esta última frase parece insinuar que, para el P. Colin, la Sociedad de María debería ser en cierto modo la iglesia naciente de nuevo comenzada, en la que – como en la iglesia de los Hechos – todos sean “un solo corazón y una sola alma”. El grupo de seminaristas que firmaron la promesa y que la renovaron solemnemente en Fourvière el 23 de julio de 1816 (=veintitrés de julio de mil ochocientos dieciséis) eran doce (cf. OM 425,1... y 294,1) ¿Fue pura coincidencia o imitación deliberada ese número de doce, igual que el de los apóstoles?

Dos días después, Colin vuelve a hablar del tema, en esta ocasión dejando aparecer un toque de misterio. **HF 117,3**: “*A nosotros, señores, nos toca restaurar la fe de los primeros creyentes. Y eso es, precisamente, lo que se nos dio a entender allí, en la aurora de nuestros comienzos (estas palabras las pronunció con cierto misterio y con encogimiento). Entonces se anunció que la Sociedad de María no tendría que escoger como modelo a ninguna de las Congregaciones que la han precedido, no, a ninguna de ellas. Nuestro modelo, nuestro único modelo debía ser y era la Iglesia Primitiva. Y la Virgen Santísima, que hizo entonces cosas tan grandes, las hará todavía mayores al final de los tiempos, porque el género humano se hallará más enfermo*”.

¿Qué es lo que quiere decir “*eso es precisamente lo que se nos dio a entender allí*”? Ninguna de las diferentes cuatro o cinco versiones de la revelación de Le Puy dice que la Iglesia naciente ha de ser el modelo de la Sociedad. Para Coste (*Analyse*. FN 3,3, p. 231), “la orden de tomar la iglesia como modelo le fue dada al mismo Colin y en relación con su redacción de la regla... Estamos ante una aportación posterior, que aparece cierto tiempo después de la promesa de 1816, cuando la idea de la Sociedad de María comienza a tomar consistencia, allá en la casa rectoral, donde el vicario de Cerdon se esfuerza en “poner las bases primeras de una regla”. ¿A qué modelo se refiere: a las grandes órdenes de la edad media, a los jesuitas o a congregaciones más recientes? No, a ninguna de ellas. Nuestro modelo, nuestro único modelo debe ser y es la iglesia primitiva (OM 631)

Puede ser que así fuera. Sin embargo, la conclusión del pasaje de HF 117,3 citado hace un momento (y *la Santísima Virgen, que hizo entonces cosas tan grandes, las hará aún mayores al final de los tiempos*) es como una paráfrasis de “la revelación del Puy” tal cual es transmitida por Colin: “Yo he sido el apoyo de la Iglesia naciente y lo seré igualmente en los últimos tiempos”. Y eso puede ser una señal de que, cuando dice “*eso es precisamente lo que se nos dio a entender allí*”, Colin estaba pensando efectivamente en el período anterior a mil ochocientos dieciséis – 1816. Y si no pensaba en Le Puy, podía estar recordando los días de entusiasmo en el Seminario de Lyon. Además, el “*eso es precisamente lo que se nos dio a entender*” no es la manera de hablar de una idea que nos viene a la mente, incluso si es tomada como una inspiración divina. Según mi parecer, en algún lugar se da una “profecía” en sentido carismático.

Algunos días después, también en septiembre de mil ochocientos cuarenta y seis (1846), comentando la otra frase latina constantemente repetida – *tamquam ignoti et occulti* - Colin dice (**HF 119,9**): “*Ese fue el procedimiento que adoptó la Iglesia, y de sobra saben ustedes que no debemos tener otro modelo que el de la Iglesia primitiva*”. No debemos tener otros modelos: es un deber que obliga a los maristas.

En la clausura del retiro de año siguiente – agosto de mil ochocientos cuarenta y siete 1847 – el P. Colin utiliza el lema cor unum et anima una para recomendar la unión, que es afectiva y psicológica, a quienes no viven juntos (HF 143,2): “*Sí, señores: cor unum et anima una; nos juntaremos todos, no corporalmente, puesto que María no lo quiere, sino en espíritu y corazón*”.

La última cita es especialmente interesante. Data de septiembre de mil ochocientos cuarenta y ocho -1848 – HF 159: “*Que los que se embarquen para Oceanía imiten a los apóstoles; que los que se queden en Europa imiten a la Iglesia naciente. Al final de los tiempos la Iglesia será tal como lo fue en los tiempos apostólicos*”. En nota al pie de página, el P. Coste observa que el P. Colin distingue aquí entre los apóstoles, cuyos viajes se relatan en el libro de los Hechos, y la comunidad local de Jerusalén, de la que los Hechos dan en dos ocasiones una imagen ideal (Hech 2, 42-47 y 4,32-35). El P. Colin quiere aplicar también el paradigma de la narración de los Hechos a los misioneros de Oceanía y no sólo a los maristas que permanecen en Europa. Ese mismo paradigma nos hace ver que la Iglesia primitiva no es para Colin un símbolo de misión. Para la misión – como veremos más tarde – recurre a otras referencias del Nuevo Testamento. Y observemos, por fin, que para Colin el final será como el principio: la utopía de “un mismo pensar y sentir” terminará siendo realidad en la Iglesia de los últimos tiempos.

De todos modos, no hay duda de que para Colin la Iglesia naciente es el único modelo legítimo para la Sociedad de María. Por eso resulta mucho más sorprendente que este tema, eminentemente coliniano, no aparezca en nuestras Constituciones, que han querido dar un lugar en la legislación marista a las ideas centrales de nuestro Fundador. En cambio, sí recogen –como las de 1872 – el *cor unum et anima una* (nº 3). Esta frase – citamos al P. Coste, *Analyse* FN 3,3 pp229-230 – expresa “lo mejor de esa Iglesia a la que el P. Colin remitía a los maristas.

2. Tres rostros de la Iglesia Primitiva

Cuando pensamos en la Iglesia primitiva, la Iglesia naciente, generalmente lo hacemos centrándonos en la iglesia de los Hechos. La mayor parte de lo que tengo que decir sobre la Iglesia primitiva como único modelo de la Sociedad es en referencia a la Iglesia después de la Ascensión de Cristo. Sin embargo es bueno recordar que cuando Colin habla de “la iglesia naciente” algunas veces puede tener en mente otra referencia. De hecho, la Iglesia naciente tiene al menos tres rostros.

Uno de esos rostros o, si lo prefieren, lugares donde hallamos la Iglesia primitiva es Nazaret. Nazaret es una imagen familiar para Juan Claudio Colin, como lo es para toda la tradición espiritual francesa, a la que pertenece el P. Fundador.

Nazaret es una imagen rica, con diversas facetas. El P. Jean Coste escribió un largo artículo sobre “Nazaret en el pensamiento del P. Colin” (*Acta SM*, 6 (1961) pp. 297-400). Basta buscar Nazaret en el index de HF para ver que la referencia más frecuente es a la vida oculta de la Sagrada Familia, especialmente durante los treinta años que pasó allí Jesús antes de iniciar el ministerio público. A veces, se aplica a los Hermanos Coadjutores (8, 1) o a los maristas en período de formación (49,1...); pero la vida oculta, de oración y de trabajo, en Nazaret es la referencia constante para todos los maristas (v. gr. 44, 3).

Pero, en HF 10, hay un pasaje que se refiere explícitamente a Nazaret como cuna de la Iglesia. En una conversación, el Fundador está maravillado por el hecho de que la Sociedad de María haya nacido en la remota y pequeña ciudad provinciana de Belley; y alguien le comenta: “*Ninguna orden surgió jamás como ésta en una pequeña ciudad*”

– Sí, hay una, replica Colin, pero sólo una: la Orden de la Iglesia. Nazaret es su cuna. Jesús, María y José: ahí tienes la Iglesia comenzando a existir. Así empezó”. Esto debe hacer que seamos cautos al considerar a Nazaret simplemente como símbolo de la vida oculta. En realidad – y Coste lo demuestra - por lo menos en el período anterior al año 1850, el pensamiento del P. Colin pasaba fácilmente de Nazaret a la Iglesia después de la Ascensión para referirse a la Iglesia primitiva (p. 328, donde hace notar, en cambio, que Colin nunca utiliza Nazaret para referirse a las tareas exteriores de la Sociedad). Después del año 1850, es cierto, Nazaret tiende a ser más referencia para la “vida oculta”.

Hay otro lugar en el que la Iglesia vuelve a nacer: El Calvario. Ciertamente, el Calvario no es un símbolo típicamente coliniano: en Habla un Fundador no aparecen referencias al calvario. Pero, por otra parte, es profundamente marista ya que pertenece a la “revelación” de Le Puy, como recordaba Juan Claudio Courveille hacia el final de su vida. Contando su experiencia personal, decía que “oyó” decir a Nuestra Señora “*así como he imitado siempre en todo a mi divino Hijo, y lo he seguido hasta el Calvario, permaneciendo en pie ante la cruz hasta que entregó su vida por la salvación de los hombres, igualmente ahora, que estoy en la gloria con él, le imito en lo que hace en la tierra por la Iglesia, de la que soy protectora...*” (OM 718,5) Obsérvese cómo este texto tiene una estructura similar a la que nos es más familiar: “Yo fui el apoyo de la Iglesia naciente y lo seré también al final de los tiempos”, semejante a la declaración de María “soy la protectora de esta iglesia”. Según recordaba Courveille, la referencia al final de los tiempos aparece algunas frases después: “...*en estos últimos tiempos de impiedad y de incredulidad...*” Donde la versión de Colin dice “la Iglesia naciente”, Courveille habla del Calvario y de la muerte de Cristo en la cruz. Las dos imágenes, aparentemente diferentes, caen juntas en la creencia tradicional de que la Iglesia brotó en el Calvario del costado de Cristo, atravesado por la espada (San Agustín, *Tratado sobre Juan* 120,5; Juan Crisóstomo, *Catequesis* 3, 13-19). Para una magnífica reflexión sobre estos temas, les remito al artículo de Peter Allen en FN 6,1 (2003) pp.61-79.

3. La Iglesia Primitiva en Los Hechos de los Apóstoles

El rostro más familiar de la Iglesia primitiva que los maristas han de tener como modelo es, por supuesto, la Iglesia de después de la Ascensión tal cual es retratado por Lucas en los primeros capítulos de los Hechos. El P. Colin no ha sido el único, ni mucho menos, en tomar como modelo la Iglesia de Hechos. Es elemento central para la Regla de San Agustín, y referencia básica para muchos fundadores y reformadores. ¿Pero cómo fue realmente esa Iglesia?

La lectura atenta de los Hechos conduce a la conclusión de que el brote de la misión cristiana fue dándose solamente de manera gradual. Los dos primeros capítulos forman una síntesis que puede ser resumida en dos fases.

La primera: Después de la Ascensión, la reacción inicial de los apóstoles fue esperar pasivamente la vuelta del Mesías que había de venir a establecer su reino y a restaurar los derechos de todos. Es claro que una perspectiva como ésa no estaba orientada hacia ninguna clase de misión.

Segunda fase: El Espíritu Santo desciende sobre ellos; y así se abre la perspectiva de una misión universal de conversión (necesariamente, un programa a largo término). A pesar de dicho programa misionero, el lector puede quedar sorprendido al constatar cómo permanece quieta en Jerusalén la comunidad de los discípulos. El Señor Resucitado les había dado esta consigna: “*seréis mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo* (Act. 1,8)”. Sin embargo no tenían prisa alguna

por comenzar el trabajo misionero, aunque Pedro aprovechara dos oportunidades para predicar a la muchedumbre que se había agolpado (Act 2 y 3) y “los discípulos (dieron) testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia” (Hech 4,33). El libro de los Hechos evoca el cuadro de una comunidad que vive su estilo de vida particular y totalmente ocupada en sus propios asuntos. Aún más sorprendente: el suceso de Pentecostés no cambia las cosas, al menos de inmediato. En lugar de marchar a misionar inmediatamente, movidos por el impulso del Espíritu, los apóstoles permanecen – con María – en el seno de la comunidad de Jerusalén. Si bien al mismo tiempo, según Hech 5,13, la comunidad causaba un gran impacto en medio del pueblo: “... *la gente se hacía lenguas de ellos*”.

Según Hechos 8,1, después del martirio de Esteban se desató una violenta persecución y muchos creyentes (pero no los apóstoles) tuvieron que abandonar Jerusalén. De ese modo comenzaron varias misiones, aunque sin plan alguno previamente establecido. A la vista están los hechos y la tesis que los interpreta, una tesis que se repite a lo largo de las narraciones de Hechos y que nos dice que la misión sólo avanza merced a las persecuciones. El primer caso de persecución, dirigido contra Jesús, permite que se cumpla la Escritura gracias a Judas y a las autoridades judías y romanas, que no sabían lo que hacían. El segundo caso provocó que la expulsión de Jerusalén se convirtiera en la misión a judíos y samaritanos y seguidamente a los gentiles, llegando incluso hasta Roma.

Leyendo la narración de los Hechos se saca la impresión de que nada habría ocurrido sin los acontecimientos que rodearon el martirio de Esteban. En ese mismo sentido Pablo estaba ayudando, sin saberlo y antes de convertirse, a que la primera comunidad se extendiera y fuera creciendo. Los sucesos, interpretados de ese modo en el libro de los Hechos, en la realidad fueron menos claros y hasta quizás menos significativos: una represión de agitación mesiánica en Jerusalén, posiblemente digna de mención en su día pero no fácil de datar. Sin embargo, sin esos acontecimientos quizás la iglesia habría permanecido hasta hoy en Jerusalén, esperando la vuelta de Jesús el Mesías.

4. Cor unum et anima una

La característica, el rasgo, de la Iglesia primitiva de Jerusalén más enfatizado en los primeros capítulos de los Hechos es la calidad de su vida como comunidad. Vida que es sintetizada en Hech 2,42 como en cuatro enunciados: predicación de los apóstoles, comunidad de vida, partición del pan y oración. Comunidad de vida no significa exactamente sentirse a gusto en la unión: los apóstoles y sus compañeros llevan una vida en común y comparten sus bienes materiales (Hech 2,44-45 y 4,32-35). Los primeros creyentes – siguiendo quizás más de un modelo detallado – practicaban el auténtico compartir de bienes materiales y una especie de protección social. Lucas ve que, de ese modo, cumplen las exigencias de la Alianza, que pide que no haya entre ellos gente en necesidad (Hech 4,34, que remite a Deut 15,4); al mismo tiempo, los deberes de la amistad tal como la entendían los griegos – *entre amigos todo es común*. La comunidad de bienes debió ser para sus contemporáneos uno de los rasgos más atractivos de la Iglesia primitiva (Brian J. Capper, ‘The Church as the New Covenant of Effective Economics: The Social Origins of Mutually Supportive Christian Community’ *Internacional Journal for the Study of the Christian Church* 2 (2002) 83-102.)

La calidad de vida en común de los primeros creyentes queda expresada en la frase que leemos en 4,32: *un solo corazón y una sola alma*, frase que acude con

frecuencia a los labios de Juan Claudio Colin, generalmente en latín: *cor unum et anima una*. Ya hemos visto algunos ejemplos. Lucas deja claro en Hechos que tal unidad no es simplemente una idea soñada o un sentimiento difuso. Ni se da automáticamente. No ocurre eso. Muy al contrario, la unidad ha de ser construida, a veces con dolor. La unidad de la que escribe Lucas no es uniformidad, Y – como vimos ya en la primera charla – la unidad de los primeros creyentes es construida en torno a, e incluso por, María. Ejerciendo el rol de mediación o de reconciliación, María “apoya” a la Iglesia naciente. Este es el paradigma de la “obra de María”, en la que son convocados a participar los maristas.

5. ¿Qué tipo de modelo?

¿Qué tipo de modelo ofrece la Iglesia naciente a la Sociedad de María? Me parece que el modelo de una comunidad que lleva una intensa vida de oración y de fraternidad, pero que no es precisamente “misionera” en el sentido de existir en aras de la misión. Es una comunidad cuyos miembros salen a proclamar el Evangelio, a predicar, a curar... y que vuelven a la comunidad.

Probablemente es el modelo vivido en Cerdon y Belley en la época de las misiones del Bugey, el modelo del Hermitage en los primeros días de Champagnat y Courville. Es también el modelo proyectado en “la primera regla” y en ciertos números de las Constituciones de 1872 (= mil ochocientos setenta y dos), en los que el P. Colin “volvió a las primeras ideas”, como en el número 217 (cf. Coste-Lessard, *Autour de la règle* I, doc. 27,71). Ese número, parcialmente inspirado en María de Ágreda, evoca el ejemplo de la Santísima Virgen María, que “abandonó temporalmente su soledad sólo por mandato de Dios y para utilidad del prójimo, y manda que los maristas no salgan de la casa de la comunidad más que por obediencia” en circunstancias concretas y por razones precisas, incluidas “las funciones del sagrado ministerio”. Como observa Jan Hulshof (*Constitutions, New and Old*, p. 72), “las Constituciones de Colin no trazan el dibujo de una comunidad misionera [...] *Misión* no es la palabra clave que determine la vida de una comunidad marista”. El acento está en la vida interna de la comunidad, que, evidentemente, tiene su efectividad fuera de las cuatro paredes de su casa.

Creo que ése es un ejemplo excelente de cómo el P. Colin somete a prueba nuestras ideas y suposiciones personales. ¿Qué se ha de hacer ante el hecho de que el P. Colin no trace en las Constituciones una imagen de una comunidad misionera? Subrayo que su “idea” de la ‘vida de la comunidad marista’ pertenece a sus primeras intuiciones; y es uno de los puntos que él hizo que fueran incluidos en la redacción final de las Constituciones. No creo que podamos descartarlo diciendo que se trata de una especie de marcha atrás de su parte: la vuelta a una idea supuestamente ‘verdadera’ que había abandonado por el cansancio de la vejez y el deseo de soledad.

El tipo general de comunidad esbozado por Colin es el que parece atraer a la juventud de hoy en día, según se aprecia en los nuevos movimientos que han surgido en la Iglesia en los últimos treinta años: San Egidio, Emmanuel, Beatiudes, etc.; aunque con variaciones, en todos ellos se encuentra el mismo estilo: llevar los creyentes a la unidad, sea cual sea su categoría (casados, solteros, sacerdotes, gente con votos...), a la vida de oración y a compartir el “desbordamiento” apostólico en el servicio o la evangelización. No pretendemos idealizar a esos grupos, también tienen sus problemas, pero quizás los primeros maristas reconocerían en ellos algunos rasgos de la Sociedad de María de sus sueños. Es un modelo que podría servir aún para renovar la Sociedad.

De hecho, algunas veces he pensado si, en caso de haber vivido en la segunda mitad del siglo XX (= veinte), el P. Colin y el grupo fundador no habrían puesto en

marcha algo en la línea de esas comunidades. En gran parte, la idea original del “árbol con varias ramas” corresponde a eso, si bien las ramas se convirtieron en unas Congregaciones, más o menos especializadas, de Padres, Hermanos y Hermanas y en una Tercera Orden adjunta a la Congregación de los Padres. El nombre de “Sociedad de María”, pensado originalmente para el movimiento global (llamémoslo así a falta de un término mejor) pasó a aplicarse de manera especial si no exclusiva a los Padres y los Hermanos que vivían con ellos. En los últimos años se ha tratado de recuperar algo de la idea original con el término de “*Familia marista*” y un movimiento laical de alcance más amplio.

He tenido también un sueño descabellado, en el que la Sociedad de María era fundada de nuevo como un “nuevo movimiento”, y dirigida incluso por laicos. Lo cierto es que no solucionaríamos todos los problemas de la Sociedad actual. Pero eso podría ser como un reto para “la obra de María” en el siglo XXI (veintiuno).

6. Una tensión

En cualquier caso, resulta fácil ver que la Iglesia primitiva no es el modelo más obvio para una Congregación misionera *precisamente como misionera* – en realidad, no más que Nazaret. Hemos visto (HF 159) cómo, hablando de los enviados a misiones, el P. Colin los relacionaba con los apóstoles, cuyos viajes y salidas están descritos en los Hechos en contraposición precisamente a la “Iglesia primitiva”, que era el modelo para los que quedaban en Francia. No hay duda de que ése es el motivo por el que el P. Colin recurre a la imagen de María enviando a los maristas a las misiones (a semejanza de lo que hace Jesús con los apóstoles en Mt 28,19) a la vez que les promete quedarse con ellos. Así, volviendo al pasaje visto anteriormente [*sí señores, cor unum et anima una: nos vamos a juntar todos, no corporalmente en el mismo lugar puesto que María no lo quiera, sino en espíritu y corazón*] percibimos hacia dónde se mueve su pensamiento: “*mucho me gusta lo que hace unos momentos acaban de decirnos (el predicador del retiro). Es verdad, es María misma la que da a cada cual su misión, su empleo, el puesto que debe ocupar. Lo mismo que en otros tiempos su divino Hijo encargaba de una misión a los apóstoles, a quienes llamaba sus amigos, cuando les dijo euntes docete omnes gentes y les decía que se separasen, así también esta Madre cariñosa, al final de los tiempos nos dice: ‘Vayan a anunciar al mundo a mi Divino Hijo; yo estaré a su lado; caminen, que todos continuamos unidos’.*”

Es clara la tensión ahí existente entre el ideal del *cor unum* y el impulso misionero. Ahí puede radicar perfectamente el origen del problema de las misiones de Oceanía en tiempos de Colin, esto es, el conflicto entre las necesidades de la misión – hondamente experimentados por los Vicarios Apostólicos – y las exigencias de la vida religiosa en comunidad tal cual eran vistas por el Fundador. El P. Colin – lo sabemos – se oponía a la manera que tenían los obispos de distribuir a los misioneros por todas las partes posibles, e insistía en que tenían que poder vivir en comunidad y seguir la regla. Quizás, en ese conflicto deberíamos ver más que una justa e histórica contingencia, algo que no habría sucedido si, por ejemplo, no hubiera habido un enfrentamiento de personalidades.

Pienso que aquí estamos palpando una tensión cuyas raíces arrancan del pensamiento del P. Colin; una tensión característica en él y que le distingue de otros fundadores de la época. De hecho, según la idea del P. Colin, la Sociedad de María está lejos de ser simplemente una copia de la Compañía de Jesús. El modelo de la Iglesia primitiva – que a Colin le gustaba imaginar como la casa de María – ha de ser compaginado con el de la Iglesia de los apóstoles enviados a misionar. Las mismas

Constituciones de 1872, que incluyen el texto que vimos hace poco y en el que se limitaban las salidas de los religiosos fuera de la casa de la comunidad, tienen también textos como el del nº 4, que dice que “*su vocación es recorrer distintas regiones en el mayor servicio de Dios y entregarse a la salvación del prójimo... Deben estar totalmente dispuestos a realizar estas actividades... en cualquier parte del mundo donde haya esperanza de fruto, y siempre que se lo pida la obediencia*” Este texto se remonta también a la “regla primitiva”.

La tensión entre vida comunitaria y misión es obvia e incómoda; pero la eliminación o la devaluación uno de esos elementos no es la manera de solucionarla. Convertir la Sociedad de María en una orden cuasi-monástica no es solución (mas no rechacemos con excesiva rapidez las normas de vida comunitaria y la oración, catalogándolas de ‘monásticas’ y, en consecuencia, no adecuadas para nosotros). Por otra parte, enfatizar la misión de un modo tal que reduzca la vida de comunidad, o que prácticamente la excluya, originaría una Sociedad de María muy alejada de las intenciones del P. Fundador. En concreto – a pesar de la impresión que uno pueda sacar del título del capítulo 3 de las Constituciones actuales, “*Formar una comunión para la misión*” – no creo que una visión puramente utilitaria de la vida de comunidad sea la adecuada. Si en algún momento fue necesaria, necesitamos la “fidelidad creativa” ahora, cuando estamos tratando de hacer justicia – y no simplemente en teoría sino en la práctica de la vida – a la visión que tenía el P. Colin de una Sociedad que imitase a la Iglesia primitiva de Jerusalén en la intensidad de vida común y de oración, y que imitase también a la Iglesia de los apóstoles, yendo de un lugar a otro a llevar la salvación de Dios a la humanidad entera

7. Renovar la vida de comunidad de hoy día

Pienso que lo que se nos pide en estos momentos a los maristas de manera especial y urgente es renovar – quizás reformar – la vida de comunidad. El modelo de la Iglesia primitiva del *cor unum et anima una* nos emplaza a hacer esa tarea. Los mismos maristas lo ven como una prioridad.

No sé si recuerdan el informe de la llamada “comisión de redacción” para la preparación del Capítulo General del año 2001. En el informe que presentaron se recogían las respuestas de todos los maristas de la Sociedad a unas preguntas sobre cómo veía la Sociedad su vida interna y su misión. Las respuestas de los maristas de todas las partes del mundo reflejaban honda insatisfacción respecto a la calidad de la vida en comunidad. Aparecía con claridad que las realidades que vivían los maristas, defraudaban a menudo las expectativas, consideradas por ellos justificables, que tenían de la vida comunitaria. Digámoslo con sencillez: en la Sociedad, la vida de comunidad no correspondía a sus promesas. Tengo el presentimiento, un presentimiento que no se puede probar por falta de información exhaustiva, de que en mayor o menor medida ése ha sido el factor más decisivo para muchos de nuestros religiosos a la hora de tomar la decisión de abandonarnos. Es un problema que la administración general ha puesto ante nosotros con propuestas concretas para lograr el cambio.

Ciertamente, la renovación de la vida de comunidad ha de ser para nosotros un asunto importante y urgente. Y necesita una atención directa y central. No creo que sea un problema que se pueda arreglar solamente con que los miembros de la comunidad, individualmente y por separado, sean mejores cristianos y mejores religiosos. Porque hemos de admitir que esa insatisfacción por la vida de comunidad, insatisfacción profunda y extendida, se fue sintiendo en unos momentos en los que numerosos

religiosos, en cantidades antes nunca vistas, habían experimentado una gran renovación espiritual.

No es que esté poniendo ahora en cuestión la calidad de la renovación espiritual y religiosa de tales maristas, ni lo positivo de los resultados. Pero de lo que sí estoy convencido es que la renovación de los *individuos* no lleva automáticamente a la renovación de las *comunidades*. Por eso necesitamos una actuación orientada. Pienso que hemos de ir más allá de las exhortaciones y de la declaración de intenciones, para tomar medidas concretas y mensurables, que conduzcan a un cambio real y visible en el modo de vida.